

Nueva York

Pantaleón Luna siempre había movido su mercadería por los sectores altos de la ciudad, donde viven los ricos. Jubilado con una pensión precaria, otorgada para favorecer a las víctimas de la dictadura, había logrado salir adelante tras un largo período de penurias. Luna se consideraba un intelectual, le gustaba leer y escuchar música. No soportaba en su cabeza la idea, ni su cuerpo se lo permitiría, de ofrecer sus servicios para el aseo de calles o para fungir de guardia frente a un banco o para hacer de peoneta en un camión. Era un flaco esmirriado, de corazón débil; apenas podía llevar el maletín con ruedas que era su escaparate. Pero le gustaba lo que hacía.

El bueno de Pantaleón Luna era un vendedor peripatético, un comerciante ambulante. Tal oficio no le molestaba, solía decir, porque conversaba con gente interesante. Había ido poco a poco conociendo los gustos de sus clientes. Aceptaba bromas respecto a su nombre y apellido, siempre que fueran ingeniosas, producto de la inteligencia y no de la necesidad. Se transformó en uno de los mejores en su rubro. Lo buscaban sus compradores, no tanto por los precios que cobraba, normalmente en las cotas altas, sino porque ofrecía servicios exclusivos, conseguía ítems raros o agotados, se permitía hacer recomendaciones sensatas; en pocas palabras, satisfacía los requerimientos de su clientela. Él mismo apreciaba su mercadería, no vendía por vender. Su maletín con ruedas, de viejo cuero auténtico, formaba parte de su propio ser, o casi.

Además era un hombre elegante, a su modo. Se vestía en las tiendas de ropa usada y elegía las mejores piezas de corte inglés o italiano. Todo iba razonablemente bien para Pantaleón Luna, hasta que se aventuró en Nueva York. Quiero decir la calle Nueva York, en pleno centro de Santiago. Una bella calle, con edificios altos construidos en los años 30, el suelo pavimentado con viejos adoquines y cerrada al tráfico de vehículos. Tenía una curiosa forma en Y, con salidas a la Alameda y a dos calles populosas. Pero Nueva York era oscura, impenetrable a ratos. Poca gente se arriesgaba por allí. Tenía mala fama. Pululaban putas y travestís. También rondaban delincuentes: monreros, lanzas a chorro, cogoteros...

Iba apurado esa noche Pantaleón Luna en dirección a su hogar. Temía que lo agarrara la lluvia. Había vendido bien, aunque nada extraordinario, una jornada más bien normal. Se hallaba cansado y decidió acortar camino por Nueva York. La luna llena se reflejaba en los adoquines húmedos, rugía suavemente una brisa tibia. No viendo a nadie, se lanzó confiado para llegar cuanto antes a calle Bandera y agarrar su micro hacia casa... Pero lo atajaron dos tipos. Uno apareció por delante. Pantaleón intuyó el peligro y miró atrás para ver si podía recular. Demasiado tarde. El otro se acercaba por su retaguardia. Intentó correr hacia el segundo, más cercano, pero sólo logró que lo encimaran antes. Notó como los asaltantes, a cara descubierta y con sendos puñales en las manos, lo cercaban completamente. Trató de gritar pero no le salió sonido.

–Calladito amigo y conserva la salud –le dijo uno.

–Pase la plata y estamos flor –completó el otro.

Pantaleón Luna aferró su bolsón rodante, que no había soltado en todo el proceso. El gesto intrigó a los ladrones, que le preguntaron qué llevaba ahí de tan valioso. Luna no dijo palabra pero no aflojó su mercadería y empezó a forcejear cuando le trataron de arrebatarse la maleta. Le dio un codazo casual a uno en la cara.

El tipo se enfureció y entre insultos le enterró el puñal en medio del pecho. Hasta la cacha. Al verlo caer, los asaltantes examinaron el maletín.

–Puros libros, compadre. ¡Qué mierda! Este tonto hijo de puta vende libros. La diñó por las puras huevas.

–¡Pobre ave! –dijo el otro, mientras lo liberaba de su billetera. A modo despedida, escupió sobre el cuerpo aún palpitante de Pantaleón Luna.

Bartolomé Leal

23 de abril 2008